

**Fidel Araneda Bravo**

## **Humanistas chilenos**

### **I. EL PRESBITERO D. GUILLERMO JUNEMANN**



CHILE, como pocas naciones del continente americano, ha tenido el privilegio de contar siempre con verdaderos humanistas que han logrado divulgar pacientemente la literatura clásica. Los nombres de estos escritores, casi todos sacerdotes, en general permanecen olvidados. Nuestra época es poco favorable para el cultivo de las disciplinas del espíritu; ahora se mira con desdén a los hombres que realizan tan encomiable tarea. Muchos historiadores de nuestras letras desestiman a los humanistas y no pocos piensan que los únicos valores literarios son los poetas y novelistas. ¡Pobre y desventurada literatura la de un país que se enorgullece sólo de los poetas blasfemos, que exaltan el odio de clases, y de los novelistas pornográficos, en cuyas obras si existe algún aliento de creación artística, faltan esa dignidad y nobleza que les otorga la recia cultura del autor, sin las cuales esas producciones están condenadas a perecer!

El presbítero D. Guillermo Jüneman, nacido en Welver de Westfalia, en Alemania, el 28 de mayo de 1855, es uno de esos varones ignorados que pasó toda la vida absorto en el estudio de las letras humanas. Llegó a Chile en marzo de 1864, y desde que ingresó en el Colegio de los padres Jesuitas, en Puerto Montt, ese mis-

mo año, hasta su muerte acaecida en Tomé el 21 de octubre de 1938, el ilustre inmigrante no hizo otra cosa que aprender las lenguas y las literaturas griega, latina y española. Su maestro el padre José Zeitlmeier, admirador de los clásicos alemanes, le inspiró primero terror y poco después el más profundo cariño: "Más que severo; rígido era a veces el padre", dice Jünemann en sus memorias, pero fué un gran profesor de latín, enseñaba ante todo a escribir el idioma: "sólo el que escribe una lengua, la aprende entera, afirmaba cuando viejo el discípulo del jesuíta germano, aprende a hablarla, aprende su lenguaje literario, puede aprovechar su literatura, comprenderla del todo y disfrutarla plenamente, porque sabe su índole, penetra su espíritu, ningún resorte ni rodaje de la inmensa, complicadísima, y por demás delicada máquina lingüística le son desconocidos; antes, pintados los tiene todos en la imaginación y su oído percibe y distingue todos sus infinitos y variadísimos sonos" (1). Siete años más tarde prosiguió los estudios de humanidades en el Colegio de San Ignacio, de Santiago, que "era un pequeño mundo; el cual por lo selecto, representativo y aun el número de los educandos, no sería exagerado llamar un mundo grande", recordaba en su vejez el alumno de aquel tiempo; era un excelente establecimiento, empero sentíase solo, añoraba la pequeña y pintoresca ciudad de Puerto Montt, "perdida entre islas y la soledad inmensa de una espléndida naturaleza, nido oculto entre las algas, arrullado por el mar y los vientos" (2). Compañeros y maestros burláronse de la incorrecta pronunciación española del muchacho; mas, luego comenzó a destacarse en la clase de latín y llegó un momento, mientras se traducía a Virgilio, que logró superar al maestro, cuyos conocimientos en el ramo eran rudimentarios. El niño amaba el estudio de la historia y de la filosofía, pero interés aún mayor inspirábale la literatura y aunque texto y profesor eran "aborrecibles" aguardaba las clases "con una especie de amor platónico: nada más que por ser

---

(1) "Mi Camino", pág. 46.

(2) "Mi Camino", pág. 111.

de literatura". Nació Jünemann con buen gusto y severo espíritu de crítica; algo le cautivó, a la sazón, el discurso sobre la Biblia, de Donoso Cortés, pero chocáronle no poco sus ideas y el razonamiento le dejó frío. La poesía de Espronceda le desagradó sobremanera.

No se avenía con el rígido sistema pedagógico de entonces: "la letra con sangre entra", porque él no forma sabios ni eruditos". A los dieciséis años, el rector de la Universidad de Chile, D. Ignacio Domeyko, le prendió sobre el pecho cuatro medallas de plata, una de ellas por sus brillantes estudios de latín. Como él confiesa, mucho le agradaron los premios, pero más le gustó la clásica inscripción: "*Quercus ecce labor tibi nectit florida sertá*". "He aquí dura labor te orna de flores". La imagen del sabio rector quedó grabada en la retina del adolescente: dice que "miró bien su pequeña estatura, su cara pequeña y muy llena, sus ojos grandes de un brillo intenso medio velado" (3). En aquel tiempo conoció al obispo de Concepción, monseñor José Hipólito Salas, máximo orador sagrado del siglo XIX; el señor Salas que era habilísimo, intuyó no sólo la clara vocación sacerdotal, sino también la inteligencia y espíritu de estudio del muchachito y le invitó a proseguir su carrera en el Seminario de Concepción.

Muy atribulado, tuvo que "armarse de toda su energía, y del amor propio de sus años, para no llorar". Le desagradaron profundamente la nueva ciudad y los maestros del Seminario. Anhelaba conocer a fondo la literatura, pero encontróse con la desagradable sorpresa de que en esa época, la última palabra en historia literaria era el deplorable texto de D. Diego Barros Arana. Jünemann, niño aún, le estimó "un amasijo de citas, plagios, buenos y malos, sensatos e insensatos, hechos sin criterio ni conocimiento de causa. No había estudio directo alguno de los autores, consistía su mayor y más perjudicial defecto en no caracterizar: no pintar distintamente la faz literaria, esto es, las dotes peculiares, de cada uno, sino en presentarlos a todos con la misma fisonomía: los epítetos: "elegan-

---

(3) "Mi Camino", pág. 136.

te, bello, sublime”, etc.; todos mellizos, una interminable galería de caras fundidas todas en un solo molde” (4). No sólo la *Historia Literaria*, de Barros Arana era deficiente, en general todas las obras didácticas adolecían de gravísimos defectos; y el plan de estudios oficial de las humanidades “no conservaba sino el nombre; plan que en vez de formar humanistas, literatos, hombres versados en letras, aptos para manejar la pluma y la palabra; no se ocupa sino de formar cierto linaje de enciclopedistas y de charlatanes; que nada saben, pero que, habiéndose atestado la cabeza de mil cosas, en gran parte inútiles del todo para la vida, la intelectual misma, créense ilustrados, sabios, idoneísimos para hablar y opinar en cuantas ciencias y artes ha conocido el mundo”. El mismo pésimo sistema de nuestro tiempo, agravado ahora por la supresión del latín; en las humanidades la juventud estudia de todo menos letras. Desde que Jünemann advirtió tales anomalías, en la enseñanza secundaria, comenzó a leer y a estudiar obras, pero sólo las principales y no quiso escribir hasta algunos años más tarde. Desde joven supo distinguir y gustar lo bello, e instintivamente rechazaba la literatura ramplona, cursi y adocenada. Leía las obras maestras, sus autores preferidos eran Homero y Virgilio, en las lenguas originales. A la sazón cayó en sus manos el *Parnaso Español*, de Quintana, “montón de desechos y basuras poéticas españolas —dice— que me dañó muy considerablemente, no tanto por sus reseñas críticas cuya insubstancialidad y errores comprendí luego, cuanto porque la autoridad de Quintana hizome formar un concepto sumamente erróneo de la poesía castellana y durante varios años, me retrajo de las letras españoles y hasta me infundió cierto desprecio de ellas” (5).

Jamás descuidó sus estudios teológicos y escriturísticos y el 13 de marzo de 1880 el obispo Salas le ordenó sacerdote.

Desde los primeros días de su entrada en el Seminario, el prelado, con esa humildad propia de su grandeza de alma, llamó a Jüne-

---

(4) “Mi Camino”, pág. 152.

(5) “Mi Camino”, pág. 174.

mann para confiarle la corrección de los documentos que el obispo enviaba a Roma escritos de su puño y letra. En una ocasión monseñor díjole: "Siéntate ahí y lee. Donde encuentres algo malo corrige". "Leo y a las pocas líneas me entero: es malo el latín y mala la ortografía. Aquí hay una falta, dijo temblando. Corrige, responde el prelado, con la mayor naturalidad. Y así otra y otras veces. Luego vacilo: Esto parece que está malo. ¿Estás seguro?, le interroga el señor Salas: No, responde con timidez el seminarista. Ve el diccionario. Así era el obispo Salas, hombre de talento esclarecido, pero de cultura rudimentaria. Fué una lección, dice el joven levita, equivalente a muchas asignaturas, como no puede darse mayor, y como muy pocos, nadie casi, son capaces de darla" (6).

Mucho antes de recibir el presbiterado desempeñaba la cátedra de Literatura e Historia Literaria en el Seminario, escribía también artículos en la prensa y era el consultor obligado del pastor en la redacción de sus famosos discursos. Mientras Jünemann estudiaba las obras de Goethe, un sacerdote morigerado, pero de pocas letras y mal criterio, sorprendióle en esta tarea y le denunció al Obispo. El joven seminarista tenía un carácter entero, desconocía la lisonja y abominaba la adulación. Le llamó monseñor y sin amedrentarse compareció ante él: "¿Por qué lees esos libros?", preguntó el prelado. "Soy profesor de Literatura y de Historia Literaria y necesito leer y conocer esos autores", repuso el muchacho. "Dicen que ese alemán Got o Goët, es muy malo", insistió el Obispo. "Ni particular ni generalmente es prohibido, pues no tiene obra alguna exprofeso contra la fe y la moral", expresó Jünemann. "Además, hace años, y era yo simple estudiante, un religioso, me aconsejó lo leyera". Por un mal entendido respecto a la lectura de la misma obra, ocho días después, el joven profesor del Seminario tuvo que comparecer de nuevo, ante el grande Obispo, quien estaba muy airado. Tuvieron una entrevista poco cordial, pero luego aclaráronse las cosas. "¡Bueno, hombre! ¡bueno! Dejemos esto, dijo el señor Salas con acento

---

(6) "Mi Camino", pág. 147.

familiar y cariñoso; y riéndose con la espontaneidad y el estrépito que solía, despidió al joven con estas palabras: ¡Alemanes, cabezas dura!" "Íntimos fuimos desde ese día: él con sus 70; yo con mis 23 años. Al punto de asociarme luego a sus trabajos literarios de utilidad. ¡Cuántas veces he mirado después en torno mío y muy lejos —dice el señor Jünemann—, y cuán pequeño he visto siempre a los hombres al lado de aquel hombre" (7).

Un lustro fué catedrático en el Seminario, más tarde desempeñó con celo y acierto el ministerio parroquial en Coronel (1886); en Cauquenes (1887) y en San Javier (1888-1895). Desde febrero hasta mayo de este último año tuvo a su cargo la rectoría del Seminario de Concepción. Quiso desfacer militar entuertos en este establecimiento eclesiástico y fracasó rotundamente. Pretendía imponer la disciplina prusiana a los descendientes de Lautaro. En 1897 volvió a Coronel y en 1899, a Tomé. Durante sus últimos años regentó la clase de latín en el Seminario. Los seminaristas le amaron entrañablemente; formó un grupo numeroso de discípulos que actualmente veneran su memoria. Murió como capellán de la Fábrica Nacional de Paños de Tomé.

Sin descuidar sus tareas apostólicas, mientras desempeñaba la cura de almas, especialmente en la solitaria parroquia de Coronel, dedicóse a proseguir sus estudios humanísticos. Aprendió a la perfección el griego y estudió todas las literaturas antiguas y modernas. En el primer tiempo sufrió lo indecible con su salida del Seminario, en 1886; ya había comenzado a traducir la *Iliada* y temía que el ministerio parroquial fuera un obstáculo para dedicarse a esta labor tan grata a su espíritu; pero le fallaron los cálculos y, aunque consagrado por entero a su tarea evangélica, su estada en aquel curato fué el principio de su labor filológica. Leyó a Homero y a Virgilio, cotejó la *Iliada* con la *Encida* y llegó a la conclusión de que Homero es el original; Virgilio el imitador casi siempre original aun en sus imitaciones. Hizo un largo estudio del *Fausto*, de Goethe

---

(7) "Mi Camino", pág. 218.



y halló en la obra "inventiva pobrísima, poesía poquísima y versificación imponderablemente ramplona". Trabajador infatigable, fuera de la versión de la *Ilíada*, de que ya hemos hablado, tradujo a Platón, a Brentano y a Schiller. En sus versiones cuando no encontraba en el idioma castellano la palabra adecuada, para la exacta medida del verso, la tomaba de las lenguas clásicas e introducía la en el texto con la mayor naturalidad: *precipua*, por principal, *ágora*, en vez de plaza, *ojírútilo*, en lugar de ojo brillante, *corusco*, por brillante. El presbítero monseñor José Luis Fernandois, otro recio humanista, no menos olvidado que Jünemann, criticó acremente al sacerdote penquista por estas licencias de lenguaje.

Admirador de los escritores científicos alemanes, procuró seguir sus pasos y dedicóse por entero al cultivo de las letras humanas. La literatura alemana propiamente tal se inicia con los grandes humanistas del siglo XVIII, antes los escritores germanos ofrecen sólo obras de escasísimo valor, casi todas burdas imitaciones de los autores franceses. Como consecuencia de la disputa entre la escuela clásica de Johann Christoph Gottsched (1700-1766), establecida en Leipzig, con la de Johann Jakob Bodmer (1698-1783), que tenía su sede en Zürich, la influencia francesa disminuyó para dar paso a la inglesa. En la disputa triunfó Bodmer; y Gottsched, genuino dictador literario, fué abandonado hasta por sus propios amigos. A raíz del fracaso surgió en Halle el "Círculo poético prusiano" cuyos miembros dedicáronse a estudiar las obras de Anacreonte, Horacio y Petrarca. Uno de los hombres más conspicuos del grupo era el canónigo Wilhelm Ludwig Gleim (1719-1803), que hizo de su casa un verdadero Ateneo. Gleim tuvo fama de poeta lírico y se le llamó el Anacreonte alemán.

Dos siglos de guerras internas y externas consumieron todas las energías literarias de los germanos. La obra devastadora de Lutero arrebató la paz y sin ella es imposible el cultivo de las disciplinas espirituales. Alemania careció durante dos centurias de literatura propia y original. Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803), discípulo de los griegos, inicia la Edad de Oro de las letras alemanas, en

1748, con la publicación de los primeros cantos en hexámetros de su poema *Der Mesías*. “El gran torrente, vehementísimo al par que placentero de Klopstock —dice Jünemann—, lleva consigo entre delicias todo lo que toca sus ondas, quiera o no quiera seguirlas”.

*El Mesías* produjo verdadera sensación, porque su autor revelábase el genio creador de la literatura nacional, lo que hoy llamaríamos criollismo. La obra fué recibida con entusiasmo por Bodmer y vituperada por Gottsched, actitud que cavó la sepultura literaria de este escritor. Klopstock creó una escuela, a la cual pertenecieron más tarde Goethe y Schiller, y llegó a ser fundador de una época nueva “y padre de la actual literatura alemana”, según expresión de Schlegel. Klopstock poetizó el Evangelio en su hermoso canto sobre la obra redentora del Mesías. Numerosos escritores discípulos de este humanista prosiguieron la tarea comenzada por él: Christian Henrich Boie, Johan Heinrich Voss, Ludwig Holty, Cristian y Friedrich Stolberg y Gottfried August Bürger, Voss (1751-1826), fuera de su poema pastoril criollo *Luisa* (1784), tradujo la *Iliada* y la *Odisea*, trabajos que son verdaderos calcos del original. Cristian Stolberg vertió a Sófocles y Federico, la *Iliada*, y además, a Esquilo, a Platón y el falso Osián. Gran figura del Renacimiento alemán es Gottfried August Bürger (1747-1794), profesor de Estética y autor de varias odas, canciones, baladas y sonetos. Johann Gottfried Herder (1744-1803), es otro de los grandes clásicos germanos traductor del *Romancero del Cid* e hizo una *Antología griega*. Termina la edad clásica con Goethe y Schiller. Este último dijo, en la plenitud de su vida literaria: “casi no leo ahora sino a Homero; los antiguos me brindan verdaderos goces. A la vez necesito de ellos para depurar mi propio gusto; que con agudezas, artificio y alambicamiento, empezaba a alejarse mucho de la verdadera sencillez”.

Un arranque de misticismo incitó a Jünemann a vender cuanto tenía “hasta los libros” para ingresar en el noviciado de los jesuitas, sus primeros maestros; mas arrepintiéndose a tiempo y no alcan-



zó a salir de Chile. Volvió a Concepción y en seguida se hizo cura go de la parroquia de Cauquenes (1888).

Entretanto continuaba sus lecturas de las obras clásicas y la versión de la *Iliada* hasta que logró publicarla, como todas sus primeras obras, en una imprenta de Concepción. Sin otro guía que su excelente y maduro criterio artístico e imponderable espíritu crítico, llevó adelante sus estudios de las literaturas antiguas y modernas; quedó decepcionado de las últimas con excepción de la alemana y de la española y por ésta tuvo a la postre grande admiración. En el invierno, cuando las parroquias de campo y de costa se sumen en la lluvia interminable, el cura sureño entregábase todo el día a sus estudios predilectos: “Entonces —confiesa— tras largos años que seguía yo solo mi marcha, sin recibir impulso de nadie, me encontré con uno de los pocos hombres que han influído de alguna suerte mis destinos literarios: el presbítero D. Juan Rafael Salas Errázuriz”, humanista a semejanza de Jünemann, traductor de los clásicos griegos y latinos, especialmente de Esquilo, crítico literario de maciza formación. “Apenas nos vimos, nos comprendimos y apreciamos”, dice el sacerdote penquista. El momento no podía ser para mí más oportuno y decisivo. El había pasado sus mejores años en el cultivo de las letras castellanas; yo, los míos, en el de las griegas”. Le consultó sobre su empezada versión de la *Iliada*: “Menos conjunciones. ¡Más hipérbaton! Más energía”, díjole Salas al terminar la lectura de los tres primeros cánticos de la epopeya griega. Ambos humanistas discutieron cordialmente a través de una amistad llena de comprensión y afecto que duró toda la vida de los dos sabios eclesiásticos. D. Juan Rafael era como Jünemann hombre sin doblez ni engaño, enemigo de la adulación, de quien nuestro autor nos ha dejado un vivísimo retrato: “Era uno de aquellos hombres cuya sola vista atrae: perfil israelítico puro, cara alba demacrada, hondamente pálida, enérgica, inteligente. No sabía ni mentir, ni fingir, ni adular, ni doblegarse; nada, ni asomo tenía de estas virtudes de satanás, con que en el mundo se medra, se sube, se adquiere fortuna y fama. El amor, el culto de la verdad, el estu-



dio, la labor intelectual lo era todo para él. Admiraba y amaba las letras clásicas; a Esquilo, sobre todo; al que, a la sazón traducía del griego en hermoso verso. El amor de la belleza era su amor. Pero, de sangre israelítica como era, tenía también un odio grande, inflamado, que le consumía; y ese odio fué el torcedor de su vida; el cual la convirtió en larga, muda y conmovedora tragedia; el odio a la necedad petulante; a los infinitos tontos de que está henchida la tierra y que presumen de agudos y sabios. Sarcasmo arrancábale este odio; jamás risa ni humor; que son la moneda única en que la cordura debe pagarles. Fué éste su lamentable infortunio; porque el sarcasmo es veneno y muerte; el humor, alegría y vida. Así era mi nuevo e inolvidable amigo, el presbítero santiaguino, don Juan Rafael Salas Errázuriz. A quien nadie supo comprender; a cuyas relevantes prendas de inteligencia y de carácter nadie supo hacer justicia y que se extinguió tristemente, abrumado de las injusticias y el olvido de un mundo obtuso, ignorante y mezquino" (8).

El señor Salas convenció a su amigo y émulo, de la necesidad de revisar la Literatura Española a fin de rectificar los juicios que se había formado acerca de los autores hispanos; en efecto, así lo hizo y cambió tanto de parecer que tornóse en un admirador de las letras castellanas.

La primera obra de Jünemann *Historia General de la Literatura*, que desde la segunda edición titulóse *Literatura Universal*, la realizó a pedido del rector del Seminario. Es un tratado de síntesis sin defecto, en él se ocupa sólo de los autores de verdadero valor y sus juicios serenos, atinados, equitativos y profundos, son fruto de largos estudios críticos de las obras en lenguas originales. Llama la atención el examen comparado de las literaturas griega y latina y de las modernas entre sí. Elogia la sorprendente vitalidad artística de los griegos en una página de antología: "Maravilloso pueblo aquel que hace brotar de la nada y revestidas de peregrini-

---

(8) "Mi Camino", págs. 389-390.

na y deslumbrante hermosura, todas las formas y manifestaciones literarias; que despierta, y al despertar canta en la noche de los tiempos una epopeya, el monumento más soberbio y más imperecedero, piedra angular de la cultura del mundo. Pueblo maravilloso aquel que sabe idealizar y cubrir con las galas de una imaginación inagotable lo grande y lo pequeño, el espíritu y la materia, el lodo de la tierra y los astros del cielo; que toca los confines últimos de la sublimidad con Homero, y ríe, cual la venturosa niñez, con Anacreonte; que escudriña las más elevadas regiones del espíritu humano, con Heródoto, creando la historia; que aterra con Esquilo; conmueve con Sófocles; y da rienda suelta a la risa y al sarcasmo con Aristófanes; que discute y arrebatada en la tribuna con Demóstenes; que tiene el sello de la mayor originalidad, de la más consumada sencillez y severa belleza, de más grande espontaneidad y la más profunda inspiración; que mide y pesa cada palabra; para la cual ningún detalle es insignificante y cuyo secreto de superioridad y cuya altísima gloria está en el justo equilibrio y el juego armónico portentoso de la razón más austera y la más exuberante fantasía" (9).

En el estudio de las letras humanas, nuestro autor, no hace abstracción de la literatura eclesiástica, como los modernos historiadores de las letras, sin embargo, Jünemann se ocupa sólo de aquellos autores indiscutidos. Jamás emite una opinión favorable ni adversa que no tenga absoluto fundamento en la verdad. Para él sólo valía la belleza objetiva, el arte puro que no puede prescindir de la moral, porque lo bello es esencialmente bueno. Transcribe con énfasis las palabras de Goethe: "sólo el creyente es productivo en las artes y en la poesía".

La parte correspondiente a la literatura española es exhaustiva y magnífica. Conoció los más íntimos secretos de las letras hispanas y él que había estudiado sánscrito, hebreo, griego y latín, pudo decir que "nuestro idioma tiene una rara fuerza, majestad y armonía, cualidades muy peregrinas que acaso no reúne ninguna otra len-

---

(9) "Literatura Universal", pág. 33.

gua” y en cuanto a la literatura sostiene que supera, en originalidad, a todas, aun a la latina, menos a la griega, lo que no es poco decir. Entre los autores sudamericanos sólo cita a D. Andrés Bello y al padre Manuel Lacunza, de quienes hace justiciero elogio. Del primero dice en su libro *Mi Camino*: “que es al fundador y padre de las letras de la república chilena, su patria adoptiva; fué el venezolano Andrés Bello, eximio prosador y poeta, polígrafo y sabio de mucha nota; el cual descolló, singularmente, como hispanista, y compuso una gramática castellana; la única digna de llamarse tal, un monumento imperecedero de profunda y aguda observación y filosofía”. Mas, a renglón seguido, dice, con su franqueza característica, que Chile cometió el funesto error de introducir la gramática de Bello, con cortas modificaciones, en toda la enseñanza pública porque es demasiado filosófica y muy poco práctica” (19).

Sería tarea de nunca acabar referirse, en este momento, a todas y a cada una de las literaturas y a sus autores, ello daría tema para muchas conferencias. En dísticos mnemotécnicos el ilustre filósofo resume la historia de las literaturas y la tendencia y carácter de los autores, pero aquí no acertó el grande humanista, no era poeta y estos versos son del peor gusto. Desgraciadamente el libro no fué bien recibido en el Seminario de Concepción... pero fué admirado y pedido por los grandes literatos de América y Europa.

Tras esta magna empresa y a petición de Herder, que después editó todas sus obras, Jünemann hizo una *Antología Universal*. En esas páginas con seguro y riguroso espíritu crítico seleccionó los mejores trozos de la literatura universal, precedidos de un breve, preciso y sereno retrato literario del autor. Obra de tal magnitud sólo podía realizar un poligloto tan sesudo y estudioso como el sacerdote penquista, formado en la rigurosa escuela clásica alemana.

Más tarde quiso reparar su primitivo desdén por las letras españolas y concibió un libro excelente, fuera de toda ponderación, ahora desconocido por nuestros hispanistas y literatos: *Historia y An-*

---

(10) “Mi Camino”, pág. 442.

*tología de la Literatura Española*. “Quien como yo, comienza, mira tranquilo las letras universales y medita sobre ellas, ve cada vez más grandes las españolas; y sin ver empequeñecerse los grandes hombres de las otras, míralas a ellas mismas cada día más pequeñas: incompleta, la latina; informe la inglesa, heterogénea la alemana; frívola la francesa; la italiana vacía; nulas las demás. La sola que permanece en su alto pedestal es la griega”. Tan justo elogio proviene de un cerebro disciplinado, de un crítico juicioso que pasó su vida como un anacoreta, embebido en el estudio comparado de las literaturas antiguas y modernas. Aunque en este libro no hace proselitismo el autor deja en claro que lo peculiar de la literatura española es el espíritu católico: “caracterízales” —dice— el espíritu católico que las informa y que anima a los autores, que alienta en sus obras, hasta las más profanas y de suyo menos accesibles a él. Gloria de la Iglesia Católica son, por tanto, las letras españolas, que a su sombra nacieron, florecieron y fructificaron con tanta magnificencia. Al paso que en otros países católicos, si bien son católicas las mayores obras, distan las literaturas de serlo, y por las muchas producciones acatólicas y anticatólicas, que les quitan tal carácter. Timbre es igualmente de honor para la iglesia el que sus ministros mismos no sólo huyeran de las letras profanas ni las desdeñaran, sino que las tuvieran en tanta estima y las juzgaran tan compatibles con su sagrado carácter. Sacerdotes fueron los tres autores dramáticos más grandes de España: Lope, Calderón y Tirso de Molina”. Una cosa nos ha llamado profundamente la atención en las obras de Jünemann: tanto en la *Literatura Universal* como en la *Española*, apenas dedica unas cuantas líneas a San Juan de la Cruz. ¿Acaso no habría estudiado a fondo la obra del extático y primoroso poeta y escritor carmelita? Esta sería la mejor prueba de la honradez del crítico que sólo examina largamente a aquellos autores cuyas obras le son familiares.

Libro clásico es ya sin duda la *Estética Literaria* que Herder publicó en 1793. El erudito filólogo miraba con desprecio la literatura moderna, era un admirador, casi fanático de las letras griegas y latinas: había pasado su vida en el estudio comparado de todas

las literaturas y con autoridad máxima pone en la balanza estética la literatura antigua y la nueva: "obras escritas a la ligera —decía— sin retoque ni lima, parecen las mejores producciones modernas; aun las más atildadas, al lado de las clásicas" (11).

Con este criterio, tal vez demasiado estrecho, porque en la literatura de nuestro tiempo no faltan las obras maestras, Jünemann escribió la *Estética Literaria* que denominó "la empresa más grande de mi vida. No cabe duda que se trata de un estudio acabado acerca de la belleza; y es lamentable que se agotara tan pronto y no haya sido reeditado. En tres libros dilucida con claridad, pasmosa erudición y alto sentido artístico, lo bello literario o subjetivo, o el gusto; en el segundo lo bello objetivo, el arte: los géneros literarios; y el libro III dividido en cuatro partes analiza I. la Crítica, crítica del gusto. II. Crítica de lo bello subjetivo. III. Crítica de lo bello objetivo: la obra arte. IV. Crítica de la crítica: Para nuestro humanista el único que ha realizado plenamente la idea de lo bello es el genio gregio, todo lo demás es un remedo del arte helénico. Sería largo hacer aquí una síntesis del libro, todos los temas están tratados con sin par maestría y difícilmente otro autor hispanoamericano, podría concebir obra tan completa. Agota la materia desde que expone el concepto filosófico del arte, hasta cuando da su opinión personal sobre crítica literaria: el autor da la sensación de que domina la materia; analiza las más diversas manifestaciones del arte con la seguridad y aplomo de quien pasea por su propia heredad, por campos ya muy conocidos. El autor piensa que lo bello para serlo necesita ser bueno; y una obra de arte inmoral u obscena carece de belleza y es antiestética; para Jünemann, con razón, no existe el arte por el arte".

Acerca de la crítica literaria tiene páginas muy atinadas y sus ideas en esta materia no se compadecen, por cierto, con las de nuestros modernos autores de historia literaria; el humanista, de quien nos ocupamos, sólo puede compararse con críticos de la im-

---

(11) "Mi Camino", pág. 508.



portancia y justa celebridad de D. Andrés Bello, D. Emilio Vaïse (Omer Emeth), D. Juan Rafael Salas Errázuriz, D. Eduardo Solar Correa y, tal vez, D. Eleodoro Astorquiza, para no recordar sólo a los que ya pertenecen a la historia. Leamos algunos conceptos del señor Jünemann sobre crítica literaria: "críticos hay hasta de aldeas, y el más baladí periodiquillo analiza gravemente y falla con un tono dogmático que ni el mismísimo Estagirita, sobre las mayores obras del espíritu. Y cuando ha llegado a uniformarse en una misma necedad, alguna docena de estos desharrapados de la crítica, se proclaman a voz en cuello tribunal supremo y areópago de las letras. Y nunca faltan cándidos que se asustan y dobleguen al oír palabrotas efectistas como "La crítica dice... Todos los críticos están de acuerdo... La crítica ha dicho su última palabra... La crítica moderna..." Una de las causas primordiales del acratismo y descrédito de la crítica es la poca seriedad con que procede. Como el criticar con suficiente conocimiento de causa sea difícil, pues obliga a leer y estudiar mucho y los mal llamados críticos han adoptado el comodísimo sistema de copiarse y plagiar. No es raro hallar una afirmación repetida textualmente por una interminable serie de graves varones, de un siglo o más a esta parte. Puédese aseverar, sin la menor exageración, que la crítica moderna y coetánea serias no hacen más que copiar. Y si la seria obra así, ¿cuál obrará la que no es? Explicada está de esta suerte la anarquía, la decepción, el imaginar, no sólo el vulgo sino la aristocracia literaria misma, que en crítica, en estética, todo es subjetivo: lo que para uno es bello, es feo para otro; lo que éste mira como obra vívida y genial aquél lo desdeña por inútil y soñado" (12). Y nada más, sólo deseo que hable Jünemann, desde su tumba, porque hay ideas estéticas y literarias que aterran a los vivos...

El sacerdote, verdadero cenobita de las letras, publicó otros opúsculos, de menor importancia, pero no queremos terminar esta conferencia, sin decir siquiera una palabra acerca de los dos últimos

---

(12) "Estética Literaria", págs. 414-15.

trabajos: vertió directamente del griego la Sagrada Escritura, traducción que permanece inédita en su mayor parte: sólo se editó en 1928 *El Nuevo Testamento*. Era la primera vez que en América emprendíase obra semejante; para ella usó el texto de los Setenta. Vierte la Biblia palabra por palabra, punto por punto, con una fidelidad digna de la sabiduría de San Jerónimo o del Crisóstomo. Su discípulo el señor cura de Angol, Presbítero Ambrosio Villa, guarda con religioso respeto y filial cariño los cuadernos, con la traducción, de puño y letra de don Guillermo. Los que estaban acostumbrados a las versiones enmendadas insufribles, como la de Torres Amat, por ejemplo, ya condenadas acerbamente por San Agustín, recibieron muy mal la obra del paciente polígrafo. Su Santidad Pío XII en la Encíclica acerca de la Sagrada Escritura, ha dado la razón al señor Jünemann: y apenas —dice el Augusto Pontífice— es necesario advertir que esta crítica, que desde hace algunos decenios no pocos han empleado absolutamente a su capricho, y no pocas veces de tal manera que pudiera decirse haberla los mismos usado para introducir en el Sagrado Texto sus opiniones prejuzgadas, hoy ha llegado a adquirir tal estabilidad y seguridad de leyes, que se ha convertido en un insigne instrumento para editar con más pureza y esmero la divina palabra y fácilmente puede descubrirse cualquier abuso. Ni es preciso recordar aquí —ya que es cosa notoria y clara a todos los cultivadores de la Sagrada Escritura—, en cuanta estima ha tenido la Iglesia ya desde los primeros siglos hasta nuestros días, estos estudios del arte crítica. El autor escribe en sus memorias: “Fin, probablemente, de versiones de obras profanas extensas; pero comienzo de una versión magna; que, casi desde mi juventud, me había tentado, de una manera o de otra, ya fugitiva, ya insistente con insistencia tal cual vez como de obsesión. Sobre todo ahora. ¿Por qué? Ya en mi primera versión de la *Iliada*, había yo respetado más el texto que todos los traductores modernos, sin excepción, el de la Biblia, particularmente los españoles. ¿Qué cosa más natural que ahora, hecha la segunda versión, tan literal como es dado, se me presentase con doblado insistir, así la ignorancia, la impoten-

cia, el desacato de esos traductores, como el deseo de verter la palabra divina con la misma fidelidad, el mismo respeto, el mismo amor que había vertido tanta palabra humana? ¿Verterla de modo que no tuviese yo que avergonzarme delante de Dios por irrespetuoso, ni delante del idioma español, ruborizándome de rigidez y pobreza? (13).

Monseñor Juan Straubinger, que realizó en la desconsolada Argentina una vasta labor exegetica, ha hecho un cumplido elogio de la obra de nuestro humanista. "En Sudamérica el panorama bíblico presenta un aspecto desconocido quizá por los escrituristas europeos y por muchos de los mismos autores americanos. Nos referimos a la *Biblia Castellana*, traducida por el presbítero D. Guillermo Jünemann, sacerdote de la Arquidiócesis de Concepción (Chile). Jünemann, excelente conocedor de la lengua griega y formado en la escuela de San Juan Crisóstomo, cuyos escritos eran su lectura predilecta, pudo atreverse a traducir toda la *Sagrada Escritura* del griego, tomando para el *Antiguo Testamento* el texto de los Setenta. Apareció el *Nuevo Testamento* en 1928, en Concepción de Chile; la versión del *Antiguo Testamento*, en cambio, quedó sin publicar. Consérvanse en 32 cuadernos y espera a un editor benévolo que la edite para honor de Dios y en memoria de Jünemann (muerto en 1938) que merece tal monumento, siendo como es el primer traductor de la Biblia en la América católica" (14).

*Mi Camino* es la obra póstuma del grande humanista y en ella nos muestra su vida de estudioso, llena de sacrificios e incomprendiones. Arremetió contra él la mediocridad, que desconoce la jerarquía de valores literarios, mas, como el Dante, miró con ojos de misericordia a los insensatos y envidiosos que se duelen del bien ajeno.

En plena senectud, el patriarca del clero penquista, manteníase enhiesto y lozano, como en los mejores días de la mocedad: alto,

---

(13) "Mi Camino", pág. 533.

(14) "Revista Bíblica Argentina", N.º 62, octubre-diciembre, 1951.

muy erguido, vigoroso, ojos claros verdosos, firme e irónico el rictus de los labios. Su carácter apacible y socarrón le permitía mirar con indiferencia todo lo que no fuera útil para ejercer dignamente el sacerdocio y la crítica literaria. Escribía con frecuencia en "La Patria", de Concepción, artículos de la más diversa índole. A los 83 años proseguía los estudios iniciados en la niñez: absorto en la lectura de los clásicos griegos y latinos y en la versión de la *Biblia*, vió llegar los últimos días de su laboriosa existencia. "*Ab Homero principium. Cum Homero finis*", dijo complacido en su lúcida ancianidad: "Comencé con Homero y terminé con Homero".